# LA PROTEGIDA DE ZIYAGH

## por José León Cano

**autor de «LA CABEZA DE MAMA», «EN LA CRIPTA DEL JARDIN», «EL RUBI DE LOS SIETE ANILLOS», «HOTEL AMSTERDAM, HABITACION 231», «LA HERENCIA DEL CONDENADO», «VAMPIRO» y «LA VENGANZA DE ZANASETH»**

***Pre:* en la edición original de este cuento, aparecido en el volumen número 14 de la colección, se incluyó, del otro lado de la ilustración, una receta de cocina en la que se explica como preparar una langosta a la americana. Es extraño que no haya sido parte de la historia en sí, ya que es necesaria para... entender lo que sucede después.**

***Langosta a la americana***

***«Se lava muy bien la langosta viva. Colocada sobre la mesa se le quita una de las antenas o cuernos y se le introduce por el intestino, cogiendo  la langosta y poniéndola derecha. Se coloca debajo una taza y se saca la antena; el líquido que cae se recogerá en la taza y se echan dos cucharadas de agua o caldo caliente para que no se cuaje. Se separa la cola del cuerpo. La cola se corta en dos; también se cortan las patas, a las que se quita el extremo. Se tira el excremento y se reserva la sangre, las huevas y las tripas.***

***Una vez desangrada se le quita una tripita negra, como se hace con los cangrejos; de un tirón sale... »***

***De la «Cocina Práctica», de Rosario Cifuentes.***

**El corcho salió disparado como un cometa con cola de burbujas. La alegre detonación hizo refulgir los ojos de Severine; se entornaron con gesto pícaro y sus dientes, perfectos y blanquísimos, brillaban con la magia de una sonrisa. Pierre hizo oficios de *somelier* impecable sujetando la botella con una servilleta inmaculada. Gorgoteó el cahmpán sobre ambas copas mientras las velas, en la**

**mesa, ardían trémulas de felicidad. Mozart, al fondo, amenizaba discretamente la velada ejerciendo oficios de tercería desde los remotos compases de su «Serenata Nocturna». Ciertamente, la aguja del tocadiscos rezongaba un tanto. Y si bien es verdad que el mar estaba esa noche más agitado que de costumbre; que la luna llena era sobre el horizonte como una enorme herida sanguinolenta, y que oscuros nubarrones surcaban velozmente los cielos, otros signos prometían una primera noche de lujuria. Eran estos el desacostumbrado rubor de las mejillas y la respiración agitada de Severine, así como el meloso tono de la voz de Pierre y el inequívoco brillo de sus ojos.**

**«Brindemos por una larga noche de amor», dijo Pierre mientras levantaba su copa. «Por que me demuestres que eres tan hombre como pareces», pensó Severine al levantar la suya.**

**La enorme langosta fue trinchada y servida con destreza por Pierre, quien conocedor de los afrodisíacos efectos del marisco unido al champán, se había cuidado de elegir personalmente, según dijo a Severine, la pieza más voluminosa del mercado. Las dimensiones del animal eran casi monstruosas, puesto que la enorme fuente de plata sobre la que descansaban sus cocinados restos era insuficiente para contenerlos; cabeza, cola y extremidades sobresalían descaradamente, y sólo la seguridad de que la langosta estaba completamente muerta restaba dramatismo al agresivo escorzo de sus patas, ilusoriamente tensas sobre el mantel, como si aquel organismo rojizo y de dudosa estética estuviera dispuesto a saltar de un momento a otro. Tal vez por eso y por las imperiosas llamadas de sus jugos gástricos, un suspiro de alivio se escapó de los labios de Severine cuando fue troceada la carne pulposa y blanquecina, servida en cantidad más que razonable y acompañada de estimulante salsa, cuyo olor mortecino, sin embargo, sugirió a la comensal una idea escatológica. Pues de tan oscura y espesa le pareció el producto de una exoneración.**

**Pierre sirvió su parte y, a juzgar por el gesto que puso, cruzó por su mente la misma maloliente idea. Sin embargo, cuando el primer trozo del animal, untado en la salsa, penetró en su boca, el orden de su pensamiento tuvo que variar radicalmente, al compás del sabor delicioso. Otro tanto ocurrió cuando las papilas gustativas de Severine establecieron contacto con el bocado que, como prolongación plateada del tenedor, le provocó gozosas concomitancias mentales entre lujo y lujuria. La música, las velas, el champán y el crustáceo la estaban poniendo decididamente caliente.**

**Hubiera sido todo perfecto a no ser por un pequeño pero inquietante detalle: era que el animal, quizá por extraño capricho de la naturaleza, mostraba en su caparazón un borroso dibujo. Hasta el menos despierto lo hubiera interpretado de inmediato como el de una calavera humana. Toda vida come vida, y las langostas no eran inapetentes a la carne de los náufragos, según se le ocurrió a Severine, atraída por el fascinante dibujo, sin que sus dientes, empero, interrumpieran la labor masticatoria. Aunque por unos segundos las glándulas salivales dejaron de expeler el jugo que les es propio. Lo que Severine subsanó en parte recurriendo al champán. De esta manera pudo tragar el bocado, aunque fuera un signo de dudosa educación beber con la boca llena.**

**Otras reglas de urbanidad se conculcaron esa noche. Porque Pierre, a quien el palpitante escote de su compañera (que casi dejaba al descubierto la totalidad del seno) no podía dejar indiferente, se dedicó a «lamimordibesarlo» sin más preámbulos cuando su boca estuvo vacía, y sin antes haber tenido la delicadeza de limpiársela con la servilleta. Lo que, por otra parte nada importó a Severine, si es**

que hay que decirlo todo, pues las ardosidades de su sangre no le hacían reparar en tales minucias. Pese a lo cual retiró discretamente la cabeza de su amante próximo futuro; ya que, hasta que su plato no estuviera vacío, seguía prefiriendo los placeres de la mesa.

Por enésima vez, el mecanismo automático del tocadiscos repitió la serenata barroca. Las nubes se acumularon de forma amenazante, hasta formar un denso tejido. La luna, de vez en cuando, distribuía su palidez de molusco, y el viento gemía sordamente, imitando el estilo de las mejores novelas de terror. Era que entre los arrechuchos amorosos, el trasiego nada magro de champán y la suculenta vianda, la realidad circundante se distorsionaba para ambos, quedando subjetivamente patentes sus aspectos metafóricos. Si el viento soplaba, lo hacía por pura envidia; la luna, aunque pálida, estaba negra, ya que hubiera deseado participar del festín. Por eso no dejaba de vigilarles, asomándose continuamente entre las nubes; en cuanto a éstas, habían bajado hasta rozar los tejados de la casa, deseosas de recibir algo del ardor que ella emanaba. Y el mar, atormentado por la música de Mozart, intuyendo el encuentro desnudo de los amantes, trataba en vano de llegar hasta las ventanas y, salpicando el ayuntamiento de esos cuerpos, regresar luego a su profundo seno para instruir a las poblaciones submarinas sobre la impudicia de las penetraciones humanas.

Tales cosas se le habían ocurrido a Pierre, en un momento de euforia inspirada, y se las contaba a Severine con los ojos brillando de alcohol. Ella reía convulsa, y a cada movimiento de su pecho quedaban visibles los pezones. Con lo que no hacía sino echar más leña al fuego, ya bastante encendido a causa de la salsa picante conque rebozaron las mutilaciones de la langosta. Sobre la bandeja de plata, la luz de las velas hacía tremolar con modulaciones rojizas a la calavera dibujada sobre el caparazón. Y era un espectáculo sombrío al que ni Pierre ni Severine procuraban prestar atención, ocupados como estaban en comer, beber y frotar el ansia de los cuerpos, convertidos en lámparas maravillosas de las que surgiría, de un momento a otro, el insaciable Genio de la carne.

Pero ese milagro no se produjo. Porque de improviso llamaron a la puerta. Lo que resultaba extraño en grado sumo, puesto que el pueblo más cercano se encontraba a veinte kilómetros, eran casi las doce de la noche y para llegar a la casa solitaria –situada sobre el promontorio de rocas que el mar sacudía –era lo habitual hacerlo en automóvil; ningún ruido de motor habían escuchado. Dominaban los amplios ventanales del salón todo el paisaje, en los cuatro puntos cardinales, y la euforia que les había embargado no era lo bastante fuerte para que dejasen de observar lo tijeretazos luminosos de los faros; perceptibles, desde la altura en que se encontraban, a gran distancia. Nada ajeno a la oscuridad, salvo los resplandores fugaces de la luna, habían visto. Se miraron el uno al otro con estupor. Pierre miró también furtivamente a la escopeta de caza, cagada, que colgaba sobre la chimenea. Su posible necesidad estaba prevista para un caso semejante. Deshizo el abrazo que le ligaba a Severine y, sin decir nada, se armó con la escopeta y bajó solo las escaleras hasta la puerta.

–¿Quién es?

Nadie contestó. Inmóvil, con la escopeta en la mano, repitió con voz más fuerte la pregunta. Desde el nacimiento de las escaleras, allá arriba, se recortaba a la luz de las velas la silueta Severine, expectante. Había adoptado una postura, con los brazos cruzados, que evidenciaba su creciente tensión. Acercó Pierre su ojo a la mirilla y no parecía que hubiera visto nada. En ese momento la aguja se engolfó en las últimas espirales del disco y Mozart regresó a su tumba, sin que

**automáticamente se volviera a repetir la cantinela. El mecanismo de repetición, por una vez, había fallado como si, contagiado por lo insólito de la llamada, un improbable estupor hubiera paralizado sus poleas o desarticulado los engranajes. El reloj de pared tendría que haber desgranado en ese momento sus doce obligatorias campanadas. Sólo sonaron dos y guardó silencio. Transcurrió un largo rato antes de que Pierre se decidiera a abrir la puerta. Al fin lo hizo y sus goznes crujieron lentamente. Entró aullando el viento, y así permaneció mientras Pierre inspeccionaba, escopeta en mano, la puerta desde fuera. La soledad de la casa estremeció a Severine. Pierre recorría los alrededores, empleando en esa labor más tiempo del que ella hubiera deseado. Descargó su tensión en parte cuando le vio regresar y cerrar la puerta tras de sí.**

**–No hay nadie –dijo Pierre.**

**–Ha tenido que ser el viento.**

**–Ningún viento tiene nudillos para golpear de esa manera.**

**–Quizá haya sido una rama sacudida por el viento; o un animal. Pero si no hay nadie, lo mejor es que volvamos a la mesa.**

**Volvieron, en efecto, y comprobaron que las velas estaban casi del todo consumidas. Los siniestros trazos de la calavera, sobre el caparazón de la langosta, se hicieron más evidentes. Desapareció el ardor en la sangre de los frustrados amantes, y algo sombrío comenzó a danzar por los rincones de la habitación, al compás de las semovientes y diminutas llamas. El champán ingerido cesó de proporcionar sus estimulantes efectos, siendo sustituidos por una sensación de náusea y sobrecogimiento. El transcurrir del tiempo parecía haber perdido su habitual fluidez, y un aliento imperceptible, aunque de alguna extraña manera palpable, acompañaba al de ambos. Severine manifestó sus deseos de marcharse a casa, alegando que no se encontraba bien. Evidentemente, la velada había perdido de golpe todo su encanto. Pierre se disponía a acceder a los deseos de su compañera. Pero algo absurdo y en extremo inquietante ocurrió en ese momento. Un volumen de la biblioteca que estaba junto a la chimenea cayó al suelo con un golpe seco. Pierre y Severine volvieron a mirarse sobrecogidos durante largo rato, sin atreverse a mover un músculo. Al cabo del cual Pierre reunió el coraje necesario para levantarse de la silla y dar unos pasos en dirección a la parte del suelo donde había caído. No había sido sacado de la biblioteca desde hacía años El volumen, de casi dos kilos de peso, era un tratado de zoología animal. Estaba abierto en el suelo. Una de sus páginas abiertas era un grabado, con profusión de colores, que representaba a una langosta. Su primera reacción, creyó intuir Severine, fue cerrar el libro de inmediato para que ella no se percatara de la insoportable coincidencia. Pero no pudo evitar Pierre que Severine viera el grabado, pese a la relativa distancia a que el libro se encontraba de la mesa y a la escasa luz de la s velas.**

**–¡Vámonos de aquí, Pierre! ¡Vámonos ahora mismo!**

**Estaba pálida y su hermoso pecho se estremecía ahora con las convulsiones de un terror instintivo. El cráneo dibujado sobre el caparazón, el ruido de la puerta, la caída del libro, la visión insoportable de una langosta en sus páginas, una langosta exactamente igual a la que acababan de comer... Demasiadas coincidencias. Se le ocurrió de pronto que Pierre la estaba gastando una broma pesada, con objeto de aterrorizarla. Pero si eso era así, demostraba unas excelentes dotes de actor, porque se encontraba tan pálido como ella y apenas podía reprimir el temblor de sus labios.**

**–No entiendo lo que está pasando, Severine. Te juro que no lo entiendo. Pero hace**

tiempo que he dejado de creer en las brujas, y no encuentro una razón válida para que nos marchemos ahora. No podemos comportarnos como niños asustados.

Severine no contestó. Porque su atención estaba entonces centrada en un hecho que su razón se negaba desesperadamente a aceptar. Los restos de la langosta se habían reunido y ensamblado sobre la bandeja de plata, y el exoesqueleto así formado comenzaba a arrastrarse pesadamente sobre el mantel en su dirección. Quedó pegada a la silla como una figura de hielo, incapaz de realizar el menor movimiento. Supuso que no estaba viviendo una pesadilla (aunque deseara fervientemente que lo fuera), pues de ser así el escalofriante terror que la embargaba la habría despertado en ese momento. Los cristales de las ventanas se estremecieron con su grito. Comprobó que Pierre había descubierto la causa de ese grito y que no era capaz de reaccionar. Maldijo la falta de valor de su compañero, que no hacía sino incrementar su propio espanto, y seguía gritando con el rostro congestionado y la boca desmesuradamente abierta, como si el horror hubiera anidado en la punta de su lengua. De tal modo era fascinante ver avanzar aquel amasijo de cáscaras y pinzas retorcidas, tan abiertas como su propia boca, que no pudo llevar a cabo su propósito de aplastarlo con un simple manotazo. El espantoso cascarón aceleró sus movimientos, por lo que en una fracción de segundo sus antenas llegaron a rozarle el pecho descubierto. Entonces la tensión histérica se hizo insoportable y su mano actuó como un resorte, apartando y dispersando de un golpe la semoviente acumulación. Con ello, el hechizo, si es que de un hechizo se trataba, cesó de manifestarse.

Las cáscaras, dispersadas sobre la mesa, mostraban ahora su condición de simples restos de comida. De un golpe se levantó de la silla. El estupor de la escena inasimilable había convertido a Pierre en poco menos que estatua. De pie, con la mirada inmóvil sobre el mantel cuya impoluta blancura resaltaba la rojiza abominación de aquellos restos, parecía un perturbado entregado por completo a sus obsesiones. Severine buscó el cobijo de su cuerpo y, estrechándolo con fuerza, trató de descargar el miedo en la dudosa protección del hombro masculino.

–¡Antes de que sea demasiado tarde! ¡Pierre, por favor, vámonos ahora mismo!

El contacto con aquel cuerpo le produjo una penosa impresión de vacío. Porque si bien su realidad física era incuestionable, sintió que en ella no se albergaba la mente de Pierre, sin duda sumida en los oscuros ámbitos de un laberinto sin salida. Porque no respondió, como ella esperaba, al abrazo con el abrazo. A través de su camisa humedecida y fría percibió los violentos golpes de su corazón. Pero no manifestaba otro signo de vida, y era como si un tambor resonase inútilmente tras las costillas de un cadáver. Habló al fin, sin despegar la vista de la mesa y como si lo hiciera para sí mismo.

–El ciego me lo advirtió... No sé cómo pudo saber que la llevaba... Pasé por su lado y me lo advirtió... Sin llegar a verla... ¿Un poder anormal...? ¡Cuidado con «esa» langosta...! ¡Ziyagh el Profundo protege su vida...! Me lo advirtió... Algo dijo de los Dioses Despiertos... Viejos mitos de los pescadores... ¿Cómo hacerle caso?... Y ahora, la Forma... ¡Demasiado tarde...! Insensata... ¡Tú lo has comprendido! ¡Ya es demasiado tarde!

La locura y la obnubilación fueron crueles con Severine, negándole sus beneficios. Pues asistió a los acontecimientos que se sucedieron con absoluta lucidez, deseando morir para no seguir siendo testigo. Pese a lo cual, esos acontecimientos eran de una naturaleza tan extraordinaria que, cuando ya no pudo resistirlos y era empujada por ellos a la muerte, el supremo horror de su agonía consistió en no llegar a descubrir si tales cosas eran reales o tal vez producto de una mal sueño.

Sintió primero que una enorme fuerza arrebataba a Pierre de sus brazos. Gritaba y pataleaba su compañero, suspendido en el aire. Todos los cristales de la casa se hicieron añicos, como impelidos por la onda de una explosión de origen desconocido. Una potente ráfaga de aire apagó primero las velas y barrió después cuantos objetos se encontraban sobre la mesa. Al difuso resplandor de la luna, oscurecido en ocasiones por las nubes, vio cómo la fuerza que sostenía a Pierre en el aire lo dejaba caer sobre la mesa con un golpe seco. Escuchó con toda nitidez la fractura de su columna vertebral. Entre gemidos chirriantes, la sangre comenzó a manar a borbotones por la boca de su compañero. Luego su vientre se hundió como si soportara un gran peso. El rostro de Pierre, tenso por el horror hasta parecer una siniestra máscara, manifestaba por medio de repetidas contracciones que algo terrible, casi obsceno de tan espantoso, le estaba sucediendo. Descubrió Severine qué era cuando de nuevo escuchó un crujido y la pierna derecha fue arrancada de cuajo. Como una bandera inútil, brillando a causa de la sangre, tremolaba al compás del viento su pantalón vacío, mientras la pierna, desnuda y enhiesta sobre la mesa, era oprimida por invisibles pinzas y retorcida como un trapo hasta que, vacía de sangre, su grosor disminuyó y llegó a ser apenas algo mayor que el del hueso.

La visión que siguió acabó con la vida de Severine. La pierna así exprimida fue clavada, a modo de huso, en el vientre de Pierre. Perforó los intestinos y llegó hasta la base del esternón. También vio cómo la lengua de Pierre temblaba entre los dientes, dando muestra con ello de conservar todavía la vida. La suela del zapato derecho dio tres vueltas completas en torno al tacón, en el sentido contrario al de las agujas del reloj, y luego la pierna fue violentamente expelida del cuerpo, dejando con ello libre salida a los jugos e intestinos del agonizante, que se desparramaron sobre la mesa. La muerte reventó entonces en el cerebro de la mujer.

Todo lo cual demuestra, en cualquier caso, que la langosta a la americana suele ser un plato de muy difícil digestión.